

*El Pez y la Flecha. Revista de Investigaciones Literarias,*  
Universidad Veracruzana,  
Instituto de Investigaciones Lingüístico-Literarias, ISSN: 2954-3843.  
Vol. 5, núm. 12, mayo-agosto 2025, Sección Flecha, pp. 82-102.  
DOI: <https://doi.org/10.25009/pyfril.v5i12.215>

Entre tradición y modernidad: *Flor de Lis*  
(1896-1898), revista literaria de Guadalajara

Between Tradition and Modernity: *Flor de Lis*  
(1896-1898), Literary Magazine of Guadalajara

Diana Hernández Suárez  
Universidad Veracruzana, México

ORCID: 0000-0002-2125-5243  
[dianahernandez02@uv.mx](mailto:dianahernandez02@uv.mx)

Recibido: 09 de diciembre de 2024  
Dictaminado: 14 de enero de 2025  
Aceptado: 13 de marzo de 2025



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons  
Atribución-NoComercial 2.5 México.

Entre tradición y modernidad: *Flor de Lis*  
(1896-1898), revista literaria de Guadalajara

Between Tradition and Modernity: *Flor de Lis*  
(1896-1898), Literary Magazine of Guadalajara

Diana Hernández Suárez

RESUMEN

La revista *Flor de Lis* (1896-1898), publicada en la capital de Jalisco a finales del siglo XIX, es una suerte de rareza hemerográfica, pues se trata de una publicación casi desconocida en la historiografía literaria, pese a que en sus páginas se imprimieron obras de importancia para la conformación del canon literario mexicano y se discutieron diversas ideas estéticas de la época. No se pretende en este artículo hacer un rescate de la revista, sino mostrar de qué manera se inserta en una discusión global sobre el estado del arte y el lugar que la literatura debía ocupar en el acelerado cambio de siglo y el modernismo latinoamericano. Se muestra cómo la publicación responde, precisamente, a cierto materialismo intelectual de la época.

*Palabras claves:* prensa periódica; modernismo; literatura regional; historia intelectual.

ABSTRACT

The magazine *Flor de Lis* (1896-1898), published in the capital of Jalisco at the end of the 19th century, is a kind of newspaper rarity, since it is a publication almost unknown in literary historiography despite the fact that works by importance for the formation of the Mexican literary canon and various aesthetic ideas of the time were discussed. The aim of this article is not to rescue the magazine, but to show how it fits into a global discussion about the state of the art and the place that literature had to occupy in the accelerated turn of the century and Latin American modernism. It shows how the publication responds, precisely, to a certain intellectual materialism of the time.

*Keywords:* Periodical Press; Modernism; Regional Literature; Intellectual History.

En los estudios hemerográficos, es posible pensar las revistas con cierta particularidad, en la medida de que se trata de materiales culturales que son a la vez registro, instrumento y medios estratégicos de la construcción de un espacio intelectual. Las revistas evocan el clima intelectual —crítico y polémico— de una época. Es posible entenderlas como mecanismos discursivos que crean redes, espacios de confluencias de ideas en diversas direcciones, para debatir sobre temas de interés público y relevantes para la construcción de imaginarios y formas de sociabilidad. La aparición de una revista literaria, en particular, revela la necesidad de un escritor, o de un grupo de escritores, de influir en el ámbito cultural; es una forma efectiva de *conspirar* (Sarlo, 1990). Por esta razón, las revistas, en tanto sismógrafo de su tiempo, deben ser estudiadas desde la coyuntura en que se producen, es decir, analizar la práctica de producción, diagramación y circulación y qué es lo que ello determina en la lectura y el público. Toda revista es, entonces, en sí misma histórica, por lo que publicaciones raras y olvidadas en la historiografía literaria mexicana son valiosas, como ocurre con *Flor de Lis* (1896-1898), revista cultural editada en Guadalajara a finales del siglo XIX.

Ahora bien, Annick Louis (2014) considera que la mejor forma de acercarse a las revistas no es desde una noción previa del movimiento al que el grupo “se inscribió”, sino desde la materialidad como un espacio autónomo y no como realizaciones de otro “objeto”, para comprender los textos en su contexto de publicación y edición. En esta medida, el estudio material de la revista permite ver sus procesos de construcción e instauración de discursos, que determinarían la formación de una idea específica de literatura que responde necesariamente a una discusión intelectual y, por supuesto, política. El estudio de una revista implica la comprensión de dos “contextos” de la materialidad: la edición y la publicación. El contexto de edición corresponde a la forma como se construye una revista, página a página: las ilustraciones, viñetas, colores, tipo-

grafía, organización de espacios, etc. El contexto de publicación, de acuerdo con Louis, se refiere a la constitución “orgánica” de la revista, es decir, a los tipos de textos, la selección de material, la relación intelectual, los elementos retóricos, las menciones culturales, políticas o sociales. Estudiar ambos contextos o facetas permite entender tanto los procesos de creación de canon como las “intencionalidades” de una revista, es decir, “la forma de dialogar con una tradición, otras revistas u otros intelectuales” (p. 7).

En el contexto de publicación, se conforman las redes intelectuales, los diálogos culturales, la construcción, incluso, de una identidad autorial y literaria, pues es propiamente en este espacio que se producen las relaciones “constituidas por una serie de elementos heterogéneos correspondientes al primer contexto” (Louis, 2014, p. 9). El estudio de estos espacios de sociabilidad —identificados con el “contexto de publicación”— da cohesión y proyección a un grupo, pues estos espacios son también una forma de cambio con otras revistas o posturas estéticas y de debate cultural. Así, las revistas tienen un carácter programático, cuyo propósito es intervenir en los debates culturales, ya sea fijando una posición frente a los tópicos del discurso hegemónico o “queriendo establecer su propia agenda cultural” (Tarcus, 2007, p. 3).

La historia intelectual, por otra parte, permite ver de qué manera el soporte material construye cánones, redes intelectuales, críticas culturales y políticas, historiografía literaria, prácticas sociales y otros aspectos en este espacio de sociabilidad donde, de acuerdo con Alexandra Pita (2013), se definen las formas del quehacer literario. Esta autora señala que las revistas son una “estructura material esencial de sociabilidad”, que muestran las dimensiones culturales y políticas de un grupo (p. 36). En las revistas, hay una analogía estructural, un movimiento de convergencias y confluencias activas. Son soportes esenciales del campo intelectual, por lo que es posible estudiar, por medio de su materialidad, la evolución de las ideas y de los proyectos (Dosse, 2002, p. 171). De esta manera, vinculando las nociones de la historia intelectual con la materialidad se enriquece la perspectiva histórica, social, cultural e intelectual. La materialidad implica que la revista es un espacio donde diversos

discursos establecen estados de tensión con el fin de hacer una política cultural por medio del debate estético e ideológico de grupos. En este sentido, evocan el clima intelectual de una época y son un mecanismo discursivo que, en diversas direcciones, pretende configurar una inclinación “política”. Quizá la primera coyuntura que relaciona *Flor de Lis* con la discusión literaria nacional, e hispanoamericana, sea la construcción del intelectual frente al conglomerado de fenómenos relacionados con los cambios culturales en Occidente a finales del siglo XIX y principios del XX, generalmente entendidos bajo el concepto de “modernidad” y su posición frente al porfiriato. *Flor de Lis* articuló discursos de modernización de élites intelectuales y artísticas, dejando testimonio de los fundamentos materiales. Podría decirse que esta revista forma parte de aquellas publicaciones que fueron testigos de “la modernización acelerada que se puso en marcha” a finales del siglo XIX (Zanetti, 2008, p. 527). Los grupos intelectuales que buscaron “la Modernidad en las letras”, como el modernismo hispanoamericano, encarnaron una actitud política del letrado. Para Celia del Palacio (2008), el surgimiento de la prensa en las regiones se inscribe naturalmente en la modernidad de las repúblicas recién consolidadas en los países hispanoamericanos; y así, “los periódicos nacieron para discutir ideas políticas y comerciales, para ilustrar, para formar a los nuevos ciudadanos” (p. 91). Y agrega que la aparición del periodismo en Jalisco, particularmente, “dio mayor independencia de los papeles públicos con respecto al gobierno” (p. 92).

*Flor de Lis* aparece en Guadalajara el primero de abril de 1896. Y logró publicar de manera autónoma y financiada por suscripciones hasta el 16 de enero de 1898. Logró imprimir dos tomos, correspondientes a los 2 años editoriales. El primer tomo –o año editorial– consta de 24 números, publicados de manera regular entre el 1 de abril de 1896 y el 15 de marzo de 1897. El segundo tomo –o año– cuenta con 16 números, del 15 de marzo de 1897 al 16 de enero de 1898, publicados de manera regular hasta el número 14; los números 15 y 16 aparecen fechados el 2 y 16 de enero, respectivamente. Cada número tenía solamente 10 páginas –5 pliegos. La presentación de la revista era un formato simple, de un tamaño de

29.5 cm de alto, por 21cm de ancho. La numeración continua de las páginas de la revista hace pensar que el objetivo desde un primer momento fue realizar tomos de colección. A saber, se hizo un índice onomástico para el primer tomo, el cual debía ser solicitado junto con el número 5 del segundo año –el correspondiente al 15 de julio de 1897.

Los cinco fundadores o principales redactores de *Flor de Lis*, según se deduce de los primeros editoriales, fueron Sixto Osuna, Ignacio Padilla, Antonio Pérez Verdía, Carlos Urrea Jr. y José Alberto Zuloaga. No se tienen muchas noticias biográficas sobre estos cinco personajes, ya que ninguno de ellos logró ser incorporado en el canon literario o recordado en la historia literaria mexicana por sus obras particulares. La mayoría de los redactores y colaboradores de esta revista ya habían sido colaboradores activos de otras publicaciones periódicas, todas de carácter cultural y literario. La mayoría pertenecían a asociaciones literarias y agrupaciones de escritores que buscaban “resguardar el arte”. Los principales colaboradores, a saber, eran Esther Tapia de Castellanos, Guadalupe Rubalcaba, Jesús Acal Ilisaliturri, Federico E. Alatorre, Rafael de Alba, Honorato Barrera, Manuel Caballero, Mariano Coronado, Ruperto J. Aldana, Manuel M. González, Enrique González Martínez, Victoriano Salado Álvarez, Alberto Santoscoy, José P. Padilla, José López Portillo y Rojas, Enrique de Olavarría y Ferrari, entre otros, todos colaboradores de la ya desaparecida *La República Literaria*.

Al hablar del diseño editorial de la revista, se puede pensar en una publicación periódica en construcción y constante transformación. Durante el primer año, no hubo variaciones en la disposición de los contenidos: los textos y poemas aparecieron siempre a doble columna, sin ilustraciones –salvo algunas fotografías–; sólo se utilizaron viñetas para marcar puntos importantes y diseños en la letra capital. Durante el segundo año de la revista, se incluyeron viñetas, diseños, ilustraciones y fotografías. Estas últimas generalmente aparecían acompañando la semblanza de algún escritor. A partir de este segundo año, la inclusión de semblanzas se hizo regular; y sin corresponder a ninguna sección en específico, se incluían en todos los números. Existieron algunas otras secciones que sólo aparecieron a

lo largo de dos o tres números, y no en todos los casos de manera consecutiva: por ejemplo, “Para leer en el baño”, “Tres sonetos” —en ocasiones eran sólo dos—, “Del álbum del poeta” y “Cromo”.

Sólo existió una sección que se mantuvo a lo largo de los dos años de publicación autónoma: “Matices”. En esta sección, se daban a conocer noticias culturales, se hacían críticas generales a los eventos artísticos, religiosos y “de sociedad” y se justificaban los textos publicados en cada número. En diversas ocasiones, se daban noticias sobre las traducciones y los traductores. Por ejemplo, gracias a la sección “Matices” del número 9 se sabe que la traducción que hace Enrique de Olavarría y Ferrari de “Michaïl”, de Tolstoi, es tomada de *Los evangelios*, libro previamente traducido al francés. En general, en el primer año de la revista se publicó, ante todo, poesía y prosa poética; en algunos casos, se publicaron reseñas críticas y ensayos sobre algunas corrientes literarias, así como una serie de homenajes. Pero no fue sino hasta el segundo año que se intensificó la crítica, las reseñas y la publicación de ensayos. No obstante, incluso en este segundo año, quizá sea “Matices” la parte más importante de la revista para poder trazar las redes intelectuales, pues en esta sección no sólo se dan a conocer aspectos del ambiente cultural de la sociedad tapatía, sino que también se explican —siempre con ironía— las intenciones de la revista. También se señalaban en esta sección los intercambios de textos que hacían con otras revistas —como con *La Bohemia* y *La Lira Chihuahuense*. Se dan noticias sobre las publicaciones de importancia en el orbe hispánico —desde España hasta Argentina. En esta sección, también pueden encontrarse defensas del eclecticismo como único medio para lograr no sólo resguardar toda obra de calidad, sino como único recurso de transformación y de creación de una literatura nacional y universal. En esta sección, no sólo se criticó a otros autores y al gobierno, también se hizo mofa de los propios participantes de la revista. Por poner un caso: el propio Victoriano Salado Álvarez, quien era considerado el mejor crítico de la época, era criticado por su excesivo casticismo:

Así, como la edición *lotus bleu*, es la que Salado Álvarez prepara de sus cuentos y sucesidos: sólo que el libro elegantísimo se imprimirá

en papel *vergue*, por cuadrar más y ajustarse mejor a la “fabla castellana” del siglo XVI en que está escrito. Cuanto al material literario de la obra, él es de una forma tan ingenua, encantadora y sutil, tiene giros tan extraños y versiformes, produce su lectura fruición tan íntima, atractivo tan poderoso y arraigado tan profundo, que se sale de ella como de un palacio laberíntico y feudal, donde huelgan los calados primorosos, las volutas caprichosas, los modillones centenarios y las aéreas perspectivas que seducen por su arte y maravillan por su belleza intensa (*Flor de Lis*, agosto de 1897b, p. 1).

También es posible rastrear, gracias a esta sección, la importancia y el impacto que tuvieron algunas polémicas literarias, así como el porqué a partir de ciertas discusiones surgen series de artículos y ensayos, como la pequeña sección “¿Para qué sirven los poetas?”, publicada en *Flor de Lis* tras la discusión ocurrida entre Victoriano Salado Álvarez y José Juan Tablada a propósito del libro *Oro y negro* de Francisco M. de Olaguibel. Esta polémica, de 1897, se ha considerado como una de las más importantes en el proceso de consolidación modernista, pues a raíz de esta discusión aparece la *Revista Moderna*. Pese a la importancia de esta polémica, no se ha recuperado completamente. No obstante, tras los comentarios que se hacen en “Matices”, de *Flor de Lis*, es posible conocer a los actores de esta discusión y la fecha en que ésta en realidad comenzó:

Es ya tarde para glosar el “Oro y Negro” de Francisco M. de Olaguibel: Nervo, Tablada y Rubén Campos han flaneado, como sólo ellos saben, a través del primoroso libro y hablado largo y tendido de sus versos, fugazmente caprichosos y poéticamente frívolos. Olaguibel pertenece a la nueva generación y su Musa, veleidosa y joven, a veces es su argentada flecha que se enclava en un canto azul, a veces el fragmento de obsidiana que se pierde en el abismo de un rondel sollozante... Mañana —el plazo es breve, señorita— cuando el autor del “¡Pobre bebé!” nos dé a conocer el florilegio que prepara, aun quedará lugar para decirnos: ¡él es el poeta de las tristezas y las alegrías! (*Flor de Lis*, mayo de 1897a, p. 1).

Hubo una iniciativa por lograr que la serie de semblanzas publicadas a partir del segundo año formara la sección “Perlas America-

nas”. No obstante, bajo el nombre de esta sección sólo se publicaron algunos poemas de Salvador Díaz Mirón, pero no se incluyó la semblanza, en el número 15, el 2 de enero de 1898, a dos números de la desaparición de la revista como publicación autónoma. El último número que aparece de manera autónoma es del 16 de enero de 1898. En él, se refiere que la publicación seguirá saliendo de manera regular, pero ahora como suplemento cultural del periódico *El Correo de Jalisco*:

No somos unos desertores, no; para los desertores el abrumador anatema. s. “Flor de Lis” pasa á propiedad de los Editores del “Correo de Jalisco” para vivir iluminado con los fulgores del talento que irradia en las frentes de tan ilustrados y buenos amigos. Nosotros, los que hoy dejamos la misión periodística, por la voluntad del Gram Braham que nos legó el místico cordón, desde la pagoda de nuestros corazones, levantamos una oración de gracias a los santos brahmanes que han colaborado en esta Revista que rinde ferviente culto al dios Arte. Y para vos Señorita, un beso en nuestro pie de cenicienta, que os manifieste la admiración de nuestra alma por nuestra belleza de huir (*Flor de Lis*, 16 de enero de 1898, p. 1).

#### FLOR DE LIS EN LA COYUNTURA DEL PORFIRIATO

Tras la restauración de la República, y en vista del temor ante el separatismo regional de México, azuzado por el imperialismo estadounidense, Porfirio Díaz fortaleció el centralismo tanto política como culturalmente. Conspiró contra los líderes militares jaliscienses, como Ignacio Luis Vallarta, Pedro Ogazón y Ramón Corona. A este último, según lo sospechan varios historiadores, lo mandó a asesinar el 10 de noviembre de 1889, para que no persiguiera la gubernatura del Estado. En su lugar, Porfirio Díaz impuso en Jalisco a su exsecretario particular, el general Luis del Carmen Curiel, quien llegó ser gobernador del Estado en veintiséis ocasiones.

Bajo este difícil contexto, apareció y desapareció el semanario satírico *Juan sin Miedo*, en el que participaron dos redactores de *Flor de Lis*: Ignacio Padilla y Antonio Pérez Verdía. Una vez que se unieron con los demás miembros de la redacción, ¿cómo conci-

bieron en *Flor de Lis* la nueva política editorial? ¿Cómo formularon su crítica de la cultura? ¿Cómo asimilaron el primer modernismo? Antes de responder estas preguntas, conviene examinar el contexto histórico-político de Jalisco. Hay que decir que el “proyecto de nación” mexicano, basado en el centralismo político-cultural, no se logró sino hasta muy entrado el siglo xx. Porfirio Díaz fue uno de sus autores intelectuales. Su régimen favoreció las maniobras de las burguesías, ligadas al mercado internacional, en descrédito de los mercados regionales. Durante su mandato, los “empresarios” del occidente del país se vieron en la necesidad de unirse. Crearon la unión de elementos sociales, “inteligencia, capital y trabajo”, a la que llamaron “Las clases productoras”, que les permitió incorporarse a la nueva organización del mercado sin por ello faltar a la “igualdad” impuesta por la iglesia. Le dieron la espalda a la propuesta del orden “preexistente” y trataron de darle la espalda a la capital.

Jalisco —o lo que antes había sido Nueva Galicia, al final de la era colonial y tras la independencia— no había logrado una cohesión política estable que asegurara a Guadalajara como centro de la región occidental. Por lo tanto, fue fácil desmembrar tal región en varios estados confederados y dependientes de la capital central. El único elemento de cohesión que encontraron las clases “empresariales”, en aras de fortalecer la economía y el intercambio mercantil y cultural de la región para evitar nuevos desmembramientos, fue la religión católica. El catolicismo se convirtió en un enclave de identidad regional, y se fortaleció la interacción comercial entre centro y occidente, y se dominaron los mercados del norte, particularmente Sonora y Sinaloa, lo que de alguna manera implicó estar en contra de las Leyes de Reforma impuestas desde el centro (De la Peña, 1980, p. 140).

Particularmente en Guadalajara, era posible distinguir una oligarquía más o menos estable en términos económicos. Los empresarios y políticos jaliscienses, según Guillermo de la Peña (1980), participaron en toda asociación cultural o filantrópica, sin importar las banderías políticas (p. 136). Sin embargo, la cohesión religiosa y cultural no era suficiente para aspirar a un auténtico federalismo. La modernidad, de alguna manera, parecía depender del centro

político. El ferrocarril México-Guadalajara así pareció afirmarlo al instalarse en 1885, lo mismo que las redes telegráficas. Como una alternativa al monopolio del centro, en 1877 las llamadas “clases productoras” empezaron a tomar conciencia de que el Estado no resolvería los problemas de la región; y como si se tratara de un culto calvinista, estas “clases productoras” idealizaron el trabajo productivo: “La expresión suprema del individuo es el trabajo; mediante él se logra la realización humana y la igualdad social” (p. 141).

Desde luego, las páginas de *Flor de Lis* sirvieron de tribuna a algunos de los dirigentes de las “clases productoras”. José López-Portillo y Rojas, colaborador asiduo de la revista y autor de *La Parvella* (1898), ya señalaba la necesidad de que el trabajo fuera libre y de exaltar sobre todo el trabajo creativo, rechazando la lógica casi esclavista de la oferta y la demanda. Mariano Santiago Jesús de la Bárcena buscaba la universalización del trabajo libre, en el que incluye a la mujer. La alianza de “las clases” se vuelve posible y necesaria en la medida en que se necesitaba la prosperidad surgida del trabajo. Bajo esta sociedad se unieron pobres, ricos, artesanos, costureras, etc., para ayudarse y enriquecerse recíprocamente. Resulta interesante resaltar que en esta propuesta de las “clases productoras” la mujer jugó un papel preponderante en la configuración de la nueva organización económica. Estas dos propuestas, el trabajo libre y universal, eran vistas como la paz y la prosperidad generalizadas.

Los representantes del capital, señala Guillermo de la Peña (1980), no podían ser vistos como enemigos de los trabajadores, pues ese capital vivificaba sus actividades productivas, mientras que los “capitalistas” no tendrían que oprimir al trabajador, pues debían darle la posibilidad de crecimiento y expansión. Los intelectuales –y no el ejército– eran el tercer elemento de la alianza: lo que aseguraba el progreso. El trabajo, el capital y la inteligencia debían dar prosperidad. Se buscaba crear un mercado global para que Jalisco y México fueran respetados en el extranjero (p. 141).

En cualquier caso, la educación y la cultura jugaron un papel decisivo en el proyecto económico del estado de Jalisco. Los intelectuales buscaron preparar la mano de obra, ayudar al individuo a

escoger el “camino productivo”, de acuerdo con sus aspiraciones, desterrar de la población “la ignorancia y la ruina”, así como crear hábitos y valores morales contrarios a la discordia y a la holgazanería, resguardados bajo la fe católica (De la Peña, 1980, p. 145). Para los tapatíos, resultaba obvio que el Estado mexicano sería incapaz de realizar esta iniciativa educativa en todo el país, por lo que la tarea de construcción social quedaba bajo la protección de las “clases productoras”. La inteligencia era necesaria para crear y dirigir las más elevadas empresas financieras e intelectuales; para multiplicar el capital y garantizar la tierra.

La élite intelectual se constituyó como la mediadora entre la clase empresarial y la política. Por ejemplo, José López Portillo y Rojas y Mariano Bárcena mediaban entre la clase económica y el poder central: sobresalían como intelectuales orgánicos. A la luz de este contexto social, es posible leer de distinta manera las producciones literarias e intelectuales de la época. *La Parcela*, por ejemplo, representa ímpetus de progresos por alcanzar la modernidad sin seguir el proyecto de Juárez, continuado por Díaz; refleja la búsqueda y el entendimiento de la modernidad desde otra dirección.

Por otro lado, Jalisco fue una de las regiones que más buscó impulsar el federalismo. Incluso, de acuerdo con Elisa Cárdenas, se buscó conciliar la propuesta reformista en la política con las inclinaciones religiosas de la población. Si hubo cierta adhesión al liberalismo y a la propuesta política en favor del federalismo, ello obedeció más a la búsqueda de una autonomía política para garantizar el pacto federal y no tanto a una iniciativa por adoptar ideas liberales o un sistema gubernamental derivado de ellas. La población, de manera homogénea, se inclinó por la cultura impuesta por el catolicismo (Cárdenas Ayala, 2018, p. 15). De ahí que Antonio Pérez Verdía publicara, en el segundo número de *Flor de Lis*, el ensayo narrativo “Fiestas patrias”, pues imaginó como protagonista a un párroco de pueblo. Éste buscaba conciliar la tradición civil —que ya entonces se constituía en una suerte de *religión civil*— con la propiamente eclesiástica o católica:

Y en verdad que ambas fiestas eran muy dignas de celebrarse, tanto más, con respecto a la última, si se trataba de un párroco como el actual que en el poco tiempo que llevaba de dirigir las almas de San Miguel de las Palomas, se había adueñado de todas las voluntades. Venido a la de ordinario pacífica villa, en tiempos calamitosos, cuando hacía poco andaban a la greña su antecesor y el Director Político por quién sabe qué disturbio de poca monta, pero que venían a demostrar más de lo necesario no sólo la completa independencia entre la Iglesia y el Estado, si no el antagonismo que entre sus representantes existía, había llegado, el buen padre, revestido de ideas conciliadoras, dando a cada cuál la razón según le convenciese y haciendo lo posible por acatar las órdenes de la Autoridad civil sin andar discutiendo si la Constitución o las Leyes de Reforma son buenas o malas; contemporizaba con los gustos y las tendencias de sus feligreses, y éstos lo respetaban y obedecían en cuánto les mandaba. Buena prueba de su espíritu conciliador y progresista era la esplendidez de la fiesta del día. [...]. “No vengo a hacer de la tribuna sagrada”, decía, “un palenque de discusiones política ni quiero ensalzar las ideas de un género ni rebatir las contrarias” (Pérez Verdía, 1896, p. 3).

Pese al grado de conciliación que logra transmitir el relato de Pérez Verdía, fácilmente se puede discernir que el sistema literario de la élite intelectual tapatía estuvo en *tensión* con el “proyecto de nación”. Esta tensión se evidencia en las propuestas estéticas y críticas de las revistas literarias de la época. Fernández Martínez señala que, durante las últimas décadas del siglo XIX, sobre todo tras la propuesta literaria de Altamirano, los hombres de letras fueron conscientes de su labor y de la importancia que la actividad literaria representaba para la construcción de un ideario nacional. Por esa razón, las agrupaciones promovieron la crítica y el ensayo como una forma de “hacer letras durante el XIX” (Fernández Martínez, 2008, s. p.). La importancia de las revistas estuvo en que se constituía un órgano que difundiera las propuestas de estas asociaciones más allá de lo perecedero y volátil del periódico y sin las dificultades económicas y técnicas de la impresión de libros.

A finales del siglo XIX, siguiendo la idea de Fernández Martínez (2008), el desarrollo del periodismo tapatío se vio favorecido por una suerte de creciente “burguesía periférica”, que ante el aumento demográfico provocó, a su vez, un aumento considerable de las gacetas, revistas, periódicos y diarios, al mismo tiempo que permitió “las condiciones editoriales al reducirse los costos por la creación de nuevas vías de comunicación” (s. p.). Para esta burguesía en ascenso, las tertulias, academias, universidades y, ante todo, las sociedades o asociaciones literarias, fomentaron el espíritu ilustrado y racionalista como un claro enfrentamiento contra el dogmatismo positivista.

Durante las últimas décadas del siglo XIX, quizá la principal revista llegó a ser *La República Literaria, revista de ciencias, letras y bellas artes* (1886-1890). Es el antecedente o precursor más inmediato de *Flor de Lis*. A ella, siguió, casi paralelamente, *La bohemia sinaloense* (1897-1899), esta última editada en Culiacán.<sup>1</sup> Las tres revistas, en efecto, representaron una de las primeras empresas dedicadas a incluir crítica cultural y literaria entre la intelectualidad del occidente de México. En las tres revistas, se nota el interés por formular categorías en aras de pensar la literatura y las manifestaciones literarias, así como un creciente interés por establecer paradigmas o sistemas literarios. Problematizan el fenómeno literario y, según Carlos Guzmán Moncada (2000), generan y arraigan la concepción autónoma de la propia creación literaria, de igual forma que se vinculan con la transformación de los medios que posibilitan su difusión (p. 26). La aparición de estas tres revistas, como se verá, guarda relación con una nueva forma de intercambio entre autor, obra –crítico– y público. Contribuyó a una manera distinta de circulación, de lectura y de consumo de material literario en aquella región.

En la Guadalajara de finales del siglo XIX, proliferaban las galerías, los conciertos, los museos, los foros y las agrupaciones lite-

---

<sup>1</sup> *La bohemia sinaloense* fue una revista dirigida por Julio G. Arce y Manuel Bonilla. En ella, colaboraron Enrique González Martínez, Amado Nervo, Victoriano Salado Álvarez, Eduardo J. Correas, Juan B. Villaseñor, José Alberto Zuloaga, José Flores y Sixto Osuna, todos colaboradores dinámicos de la *Flor de Lis*, lo que nos muestra que los intelectuales de la época buscaban conformar una red intelectual para conformar una literatura nacional, pese a las distancias. Véase para mayor información a García Santana (2010).

rias. Varias de ellas sacaban su propia revista. En el Club de Artistas Pintores de Gerardo Suárez, por ejemplo, se exhibían obras de artistas de toda la región de occidente. Entre las exposiciones más famosas, referida en diversas ocasiones por su influencia en “Matices”, de *Flor de Lis*, se encuentra la de Félix Bernardelli, que se celebró a mediados de 1895. Bernardelli era un pintor de origen brasileño, a quien se le debe el desarrollo de la técnica de acuarela en Jalisco. Bajo su tutoría, se formaron el dibujante Roberto Montenegro –quien fuera el ilustrador de la segunda época de la *Revista Moderna*–, lo mismo que Rafael Ponce de León, Jorge Enciso y Gerardo Murillo, el famoso Doctor Atl.

Entre los hombres de letras, académicos y políticos más destacados de Jalisco que participaron en *Flor de Lis*, estuvieron Luis Pérez Verdía, José López Portillo y Rojas, Victoriano Salado Álvarez y Alberto Santoscoy. No sólo Guadalajara era un centro de irradiación cultural. Otro de los centros importantes de Jalisco llegó a ser el municipio de Lagos, donde, en 1886, se creó una importante asociación, “La Unión Literaria”, bajo el lema “progreso literario”. La dirigieron Vicente Veloz y Antonio Velázquez Galván. También en Lagos apareció, hacia 1892, otra publicación de carácter literario, *La Patria de Rosas Moreno*, fundada por Alfredo y José Becerra, que a su vez dio pie a otros folletos y gacetas literarias, como *Páginas Literarias*, *Notas y Letras* y *Kalendas*.

En cierto momento de estabilidad económica y empresarial de la región, las políticas culturales se vieron favorecidas. Y fue así como se apoyó el nacimiento de uno de los primeros ateneos de Guadalajara, “La Alianza Literaria”, que, además de resguardar la literatura de carácter romántico y con tendencia política conservadora, promovió la presidencia de José María Vigil. Integrantes de este ateneo fueron Emeterio Robles Gil, José López Portillo y Rojas, Luis Pérez Verdía, Manuel Puga y Acal, Isabel Prieto de Landázuri, Esther Tapia de Castellanos, Antonia Vallejo y Manuel Caballero, a quien se le reconoce como uno de los padres de la crónica moderna.

El diálogo y el contacto cultural entre Guadalajara y la Ciudad de México también fue muy intenso en el siglo XIX. La revista *El*

*Renacimiento* (1869), de Ignacio Manuel Altamirano, parece haber tenido un largo alcance en Jalisco, pues bajo su influencia se formaron sociedades y revistas literarias como *La Lira*, *La Aurora Literaria* y principalmente *La Alianza Literaria*.

Tras desaparecer *La Alianza Literaria*, aparece *La República Literaria*, una revista con un marcado interés por producciones “clásicas, románticas y realistas”. De hecho, comienza a publicar autores ya consagrados en el romanticismo mexicano e hispanoamericano, tales como el poeta Ignacio Manuel Altamirano, el poeta del paisaje Manuel José Othón, el colombiano Jorge Isaacs, autor de la novela *María* (1867), lo mismo que el costumbrista peruano Ricardo Palma. Entre los rasgos más modernos de esta revista, sin duda, estuvo el de incluir textos de Manuel Gutiérrez Nájera, lo que ya demuestra un interés por el temprano modernismo. También en algunas páginas de *La República Literaria* es posible oír el “eco” de otras tendencias predominantes a finales del siglo XIX: parnasianismo, simbolismo, realismo e impresionismo. Sin embargo, en esta revista predominó ante todo el romanticismo. Y tal preponderancia le impidió a esta publicación acercarse a la nueva “estética”: el modernismo hispanoamericano.

En el editorial del número 3 de *La República Literaria* —de marzo-agosto de 1887—, los editores definían su postura regionalista al declararse como “una publicación consagrada exclusivamente a las letras, donde pudiesen hallar cabida las producciones de todos los cultivadores jaliscienses”. De alguna manera, tanta exclusividad a las “letras” condenó a *La República Literaria* a alejarse de la discusión o la polémica política. Al rehuir el apoyo de alguna institución pública, bajo la idea de promover la literatura por la literatura misma, hay una especie de apolítica. De acuerdo con Celia del Palacio (2008), detrás de esa exclusividad estética se nota cierto consenso en pro del naciente régimen de Porfirio Díaz (p. 18).

Similar a esta suerte de “política cultural”, Francisco Díaz de León confió la segunda época del periódico *El Renacimiento* a Enrique de Olavarría y Ferrari, escritor español radicado en Guadalajara. Y así, el 1 de enero de 1894 surge, en su segunda época, el periódico literario *El Renacimiento*. Duró hasta el 24 de junio de

1894. Y en él, colaboró, entre muchos de los ya mencionados, el novelista veracruzano Rafael Delgado. En general, aunque ya sonaba un poco anacrónica tal reivindicación, la segunda época de *El Renacimiento* siguió justificando la necesidad de que los verdaderos escritores no publicaran en periódicos políticos “de vida efímera”, “que un día nacen y otro mueren”, sino en auténticos periódicos literarios. En palabras de Hilarión Frías y Soto, un escritor de la época que se quejaba de la “fugacidad del periodismo”, *El Renacimiento* se merecía todas las palmas porque era en la única publicación donde se podía apreciar lo cultural o literario:

Con verdadera complacencia felicito a ustedes por haber concebido un pensamiento tan patriótico y levantado, con cuya realización prestarán ustedes un gran servicio al progreso intelectual de la República que a pesar de haber llegado a un punto culminante, no deja en su desenvolvimiento ningún fruto duradero y perenne, ni una obra que subsista en el porvenir. Las mejores producciones de nuestros poetas y literatos sólo tienen hoy como medio de publicación los periódicos políticos que, con su vida efímera, en un día nacen y mueren, que no se coleccionan, y que después de llamar por un momento la atención del lector, y sólo en su parte sensacional, se pierden en el olvido para no aparecer más (Frías y Soto, 1894, p. 4).

Vale la pena detenerse en un punto de lo arriba citado. ¿Por qué se afirma que México había llegado en el progreso a un “punto culminante”? ¿Creían los afectos al régimen porfirista en una historia teleológica, es decir, con un sentido manifiesto y una meta concreta fijada en el progreso? Hay que recordar que el 15 de mayo de 1888 se acababa de inaugurar el ferrocarril entre México y Guadalajara. Las dos ciudades acortaban sus distancias y gozaban de los últimos avances tecnológicos de la humanidad. Por lo tanto, para los más afectos al régimen cualquier crítica al progresismo y cualquier apología al tradicionalismo catolicismo se consideraba, desde luego, una traición. Para evitar tales críticas o tales apologías, las revistas literarias insistían, valga la redundancia, en la pureza literaria. Sólo así se escapaban de la crítica política.

Tras la desaparición de *La República Literaria* y de la segunda época de *El Renacimiento*, de acuerdo con el catálogo que realiza Celia del Palacio (2006), no hubo en Guadalajara otra revista de carácter estrictamente literario. En 1896, el año en que aparece *Flor de Lis*, Porfirio Díaz acababa de reorientar las relaciones del gobierno con el periodismo. En su ya cuarta reelección, de acuerdo con Gustavo Jiménez (2012), la política de Díaz se inclinó a reasignar “las diputaciones de editores y periodistas afines al gobierno” (p. 279). Rafael Reyes Spíndola fundó *El Imparcial* en México, un periódico que en realidad fue el menos “imparcial” y el más favorecido por esta nueva política de Díaz. Añade Gustavo Jiménez que Spíndola estableció en el periodismo una sutil tiranía de las ideas. Declaró equívoco o políticamente incorrecto todo lo que se saliera o criticara el progreso material, es decir, el positivismo del régimen. Consideró de mal gusto, anticuado y retrógrado exaltar a la iglesia o al pasado novohispano. De este consenso, señala Leopoldo Zea (1943), nació la tesis que justificó y sostuvo al Porfiriato: “No deberá hacerse oposición alguna a un gobierno cuyo fin es la realización de la paz; ninguna oposición a una dictadura encaminada a realizar el progreso. Tratándose de una dictadura bondadosa encaminada al bien social, nadie debe oponerse a ella; lo único que cabe es la veneración y la gratitud” (p. 173). A partir de 1898, cuando *Flor de Lis* decide incorporarse como suplemento de *El Correo de Jalisco*, el director de este diario jalisciense, Antonio Ortiz Gordo, atacó en varios editoriales las propuestas exclusivistas de la política editorial de Reyes Spíndola. Lamentó, desde luego, el centralismo literario que lo protegía y el vago consenso que a su alrededor estaba obteniendo. *El Correo de Jalisco* se convirtió en el espacio idóneo desde el que Victoriano Salado Álvarez se estableció como el crítico más importante del modernismo mexicano en su versión cosmopolita o, si se quiere, desentendido o desenraizado de su tradición y de sus regiones. Salado Álvarez colaboró también en Guadalajara, a partir de 1905, en *El Correo Literario*, otra publicación de carácter plenamente modernista, dirigida por Manuel Puga y Acal —antiguo colaborador de *Flor de Lis*. Los siguientes números de *Flor de Lis* reducen sus páginas a 8, desaparece la única sección, “Matices”, y

se vuelve de carácter estrictamente literaria. No se puede afirmar una fecha certera de la última publicación de esta revista porque no hay ejemplares catalogados de *El Correo de Jalisco* en ningún archivo nacional; no obstante, la mayoría de los críticos conjeturan que siguió publicándose hasta mediados de 1899, así otros aseguran que la revista se mantuvo hasta 1903.

En conclusión, esta revista se afilió al modernismo como movimiento intelectual. Entre sus páginas, se incluyeron críticas literarias a obras nacionales e internacionales, principalmente escritas en español; se buscó hacer una red de revistas y dar cuenta de qué se discutía en otras partes del país y del continente, principalmente en Cuba, Colombia, Perú y Guatemala. Se apostó por incluir en el mismo número manifestaciones modernistas, decadentistas, realistas y neoclásicas, y la crítica y defensa a estas propuestas. Por ejemplo, en las mismas páginas en las que José Alberto Zuloaga ponía en duda la labor de “los simbolistas” se publicaban poemas de Honorato Barrera, considerado por los redactores de la revista como “original y joven bardo que ha adoptado para sí la forma nueva, convencional y caprichosa que caracteriza esta época de literaria transición, tan de cuantía para las letras mexicanas como interesante y saludable al naciente Arte de la América Latina” (*Flor de Lis*, agosto de 1896, p. 2).

El estudio de la revista pone en evidencia las prácticas de los colaboradores y la manera como inciden en el campo intelectual, político y literario para discutir la formación de cánones. Este tipo de polémicas son posibles en las revistas, debido a que son medios que escapan a la lógica de la centralidad, en la medida en que en el marco de ellas mismas se construye la pertinencia de su discurso y su propia legitimidad. El quehacer crítico de las revistas es una forma de tensión entre la cultura y la política pues está signada por los modos de autorización e ingreso a la vida intelectual, así como por los criterios de valuación de las obras, de las posiciones frente al poder y el mercado. Marcan, así, nuevas formas de sociabilidad literaria, que constituyen la del intelectual que toma una posición en la *ciudad* moderna. ➤➡

REFERENCIAS

- ANÓNIMO. (1896, agosto). Matices. *Flor de Lis*, I(11), 2. Guadalajara.
- ANÓNIMO. (1897, 15 de mayo). Matices. *Flor de Lis*, II(1), 1. Guadalajara.
- ANÓNIMO. (1897, 1 de agosto). Matices. *Flor de Lis*, II(6), 1. Guadalajara.
- ANÓNIMO. (1898, 16 de enero). Matices. *Flor de Lis*, II(16), 1. Guadalajara.
- CÁRDENAS AYALA, E. (2018). El horizonte democrático: Jalisco del Liberalismo Jurista a la Revolución. En M. A. Peredo (Coord.), *Proyectos de Nación en Jalisco, cien años de pugnas y pactos (Jalisco: independencia y revolución)* (pp. 9-25, Vol. I). Zapopan: Colegio de Jalisco.
- DEL PALACIO, C. (2006). *Catálogo de Hemerografía de Jalisco (1808-1950)*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara.
- DEL PALACIO, C. (2008). Una mirada a la historia de la prensa en México desde las regiones. Un estudio comparativo (1792-1950). *Revista de Historia Iberoamericana*, 2(1), 80-97. Santiago, Universidad Católica de Chile <https://doi.org/10.3232/RHI.2009.V2.N1.04>
- DE LA PEÑA, G. (1980). “Las clases productoras” de Jalisco: Una asociación empresarial del siglo XIX. *Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad*, I(2), 133-188. Zamora, Colegio de Michoacán.
- DOSSE, F. (2002). De la historia de las ideas a la historia intelectual. *Historia y gráfica*, 19, 171-192. México, Universidad Iberoamericana.
- FERNÁNDEZ MARTÍNEZ, F. J. (2008). Campo literario y campo de poder en *El Instructor*, publicación científica, literaria y de filología, periódico aguascalentense del siglo XIX. Aguascalientes, Universidad Autónoma de Aguascalientes. <https://www.historiadoresdelaprensa.com.mx>
- FRÍAS Y SOTO, H. (1894, 7 de enero). El Renacimiento. Redacción de El Siglo XIX. *El Renacimiento*, I, 4. México, Imp. de Francisco Díaz de León y Santiago White.
- GARCÍA SANTANA, A. (2010). *Las letras sinaloenses en el ocaso del porfiriato: La bohemia sinaloense (1897-1899) y Arte (1907-1909)*. [Tesis de maestría]. Culiacán: Universidad Autónoma de Sinaloa.
- GUZMÁN MONCADA, C. (2000). *Las voces del espejo. Reflexiones literarias jaliscienses del siglo XIX*. Zapopan: El Colegio de Jalisco.

- JIMÉNEZ, G. (2012, junio). La casa azul y la cofradía del arte: dos revistas mexicanas. *Revista de Estudios Hispánicos*, XLVI(2), 289-308. St. Louis, Washington University. <https://dx.doi.org/10.1353/rvs.2012.0040>
- LOUIS, A. (2014). Las revistas literarias como objeto de estudios. En H. Ehrlicher y N. Rissler-Pipka (Eds.), *Almacenes de un tiempo en fuga: Revistas culturales en la modernidad* (pp. 31-57). Berlín: Shaker Verlag .
- PÉREZ VERDÍA, A. (1896, 15 de abril). Fiestas patrias. *Flor de Lis*, 2(1), 1. Guadalajara.
- PITA GONZÁLEZ, A. (2013). Las revistas culturales como fuente de estudio de redes intelectuales. En H. Ehrlicher y N. Rissler-Pipka (Eds.), *Almacenes de un tiempo en fuga: Revistas culturales en la modernidad* (pp. 27-40). Berlín: Shaker Verlag.
- SARLO, B. (1990). Intelectuales y revistas: razones de una práctica. Le discours culturel dans les revues latino-américaines de 1940-1970. *Cahiers du CRICCAL*, 9-10, 9-15. Paris: Persée.
- TARCUS, H. (Ed.). (2007). Introducción: Las revistas culturales argentinas. En *3/ Catálogo de revistas culturales argentinas (1890-2006)* (pp. 2-10). Buenos Aires: CEDINCI.
- Zanetti, S. (2008). El modernismo y el intelectual como artista. Rubén Darío. En C. Altamirano y J. Myers (Coords.), *Historia de los intelectuales en América Latina 1. La ciudad letrada, de la conquista al Modernismo* (pp. 523-543). . Buenos Aires: Katz.
- ZEA, L. (1943). *El positivismo en México* (Vol. III). México: El Colegio de México.